

A large, detailed illustration of a man's face, likely Alexander von Humboldt, wearing a wide-brimmed straw hat with a red band and a chain around his neck. The background is a bright yellow.

# HUMBOLDT EN MÉXICO: EL TESORO DESENTERRADO

Ana García Bergua

# Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



**SEGOB**



**MÉXICO  
2010**



# **HUMBOLDT EN MEXICO: EL TESORO DESENTERRADO**

**Ana García Bergua**

DURANTE LOS TRES SIGLOS EN QUE MÉXICO ESTUVO bajo el dominio español se le llamó la Nueva España. En todo ese tiempo fue como un tesoro escondido, pues los únicos que podían viajar a las colonias de España en América eran los propios españoles y los misioneros de la Iglesia católica. El resto de los europeos sabían muy poco sobre la vida en nuestras tierras: ignoraban qué montañas, qué animales o qué plantas había en ellas. Tampoco sabían muy bien cómo habían sido las civilizaciones indígenas que encontraron los españoles y cómo vivían todos juntos: españoles, criollos, indios y mestizos.

Además, muchos europeos tenían una gran curiosidad: el siglo XVIII (es decir, los cien años que empiezan con “mil setecientos...”) se llamó el Siglo de las Luces. Entre otras cosas, porque a los europeos les entró un gran afán por conocer el mundo. Fue entonces cuando, por ejemplo, se inventó la Enciclopedia. Muchos via-

jeros comenzaron a recorrer los mares, y a su regreso sorprendieron a la gente con sus descripciones de la naturaleza en otros continentes y de la vida de quienes habitaban las selvas y los desiertos lejanos. Así, en lugar de ver televisión o ir al cine, como lo hacemos hoy, muchas personas se entretenían leyendo relatos de viajeros.

Fue uno de estos viajeros quien se encargó de difundir al mundo las maravillas de la Nueva España; era alemán y se llamaba Alexander von Humboldt. Había nacido en Berlín en 1769. Cuando llegó a México tenía 34 años; a esa edad ya era todo un sabio. Le apasionaba viajar y explorar tierras lejanas, en parte porque era un naturalista, es decir, un estudioso de la naturaleza. A Humboldt le interesaba saber cómo era todo, desde las estrellas en el cielo hasta las profundidades de la Tierra, pasando por los mares, las plantas, las rocas y los animales. Había viajado a Sudamérica con un amigo suyo, también naturalista, el francés Aimé Bonpland, y juntos desembarcaron en Acapulco en el verano de 1803.

Cuando viajaban los seguía una caravana de ayudantes que cargaban todo tipo de cosas: además de ropa para varios meses, así como libros y cuadernos, llevaban brújulas, telescopios, microscopios, balanzas, barómetros y termómetros, entre otros instrumentos de aquella

época que ahora te parecerían de lo más curioso, pues estaban hechos de madera y metal —apenas se estaba estudiando la electricidad—. Así, dondequiera que iban, Humboldt y Bonpland medían el terreno, anotaban las temperaturas y la presión atmosférica, recogían plantas, insectos y pedazos de rocas que guardaban en jarros y frascos. También estudiaban las corrientes marinas y las tormentas eléctricas. Humboldt hablaba con los habitantes del lugar para saber cómo vivían, qué comían y qué cosas fabricaban. Eso hizo en Acapulco, donde tan pronto llegó trazó por primera vez un mapa de la bahía. Después emprendieron el camino a la capital.

Humboldt no sólo era un gran explorador; también era un hombre muy educado. Su fama había llegado a oídos de toda la corte de la Nueva España y el virrey lo quería conocer. El virrey era quien representaba al rey de España en las colonias. En ese tiempo gobernaba el virreinato José de Iturrigaray, quien se entusiasmó mucho con los estudios de Humboldt y le dio permiso de consultar todos los archivos que le pudieran servir. Por ejemplo, él ya había mandado contar una vez a los habitantes de la Nueva España, en 1793. Sobre este dato, Humboldt calculó que la población en 1808 era un poco mayor a seis millones y medio de personas, un





poco menos de las que hay actualmente en Jalisco o en Veracruz.

También los sabios mexicanos más importantes de aquella época quisieron conocer a Humboldt, en especial los que trabajaban en la Escuela de Minería, que en aquel entonces era la academia de ciencias más importante de la Nueva España. Humboldt quedó muy sorprendido: “Ninguna ciudad del nuevo continente —escribió después—, sin exceptuar las de los Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la capital de México. Citaré sólo la Escuela de Minas, dirigida por el sabio Elhuyar, el Jardín Botánico y la Academia de las Nobles Artes”.

Como a Humboldt le interesaban mucho las minas, visitó las de Pachuca, Real del Monte y Guanajuato. Las minas de Guanajuato eran famosas porque de ellas se extraía plata.

Una de las cosas que más apasionaban a Humboldt era escalar montañas y volcanes. En esa época no había tanques de oxígeno y el alpinismo era muy riesgoso. Él ya había escalado el volcán del Chimborazo, en Ecuador, que es altísimo, de modo que, en cuanto supo que en Michoacán había nacido un volcán hacía cuarenta años —el volcán del Jorullo—, corrió a verlo. Luego contó

en sus escritos que, cuando estuvo ahí, el volcán estaba “rodeado de innumerables conos pequeños todavía humeantes”, es decir que estaba en actividad. También escaló el Cofre de Perote. No subió al Popocatepetl ni al Iztaccíhuatl, pero con sus instrumentos pudo calcular qué altura tenían.

Algo que dejó a Humboldt muy impresionado fue conocer cómo eran las antiguas culturas mexicanas. Imagínate que en 1790 se encontraron enterradas bajo la catedral de la Ciudad de México las grandes piedras del Calendario Azteca y la Coatlicue. Hoy el calendario está muy bien cuidado en el Museo de Antropología, pero en aquel entonces estaba en la calle, apoyado a un lado de la catedral, para que la gente lo viera. Los estudiosos de entonces llevaban algunos años tratando de descifrar su significado. Humboldt en seguida se ofreció a ayudar, pues sabía mucho sobre el lenguaje de jeroglíficos de otras culturas antiguas, como la egipcia, y pidió que desenterraran a la Coatlicue para poder estudiarla. Estas esculturas lo hicieron darse cuenta de la antigüedad y el refinamiento de las culturas indígenas mexicanas.

En total, Humboldt y Bonpland pasaron en México cerca de un año. Recorrieron una buena parte del país, de la costa del océano Pacífico a la del Golfo de México; su



visita terminó en Veracruz, donde se embarcaron hacia La Habana en la primavera de 1804. De ahí pasaron a los Estados Unidos y finalmente regresaron a París, donde los recibieron con honores y les hicieron grandes fiestas.

Ya instalado en la capital de Francia, Alexander von Humboldt se sentó a escribir acerca de sus descubrimientos. El libro que escribió sobre México se llamó *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*; en él hablaba de toda la riqueza de México. Por ejemplo, escribió:

El reino de la Nueva España, bien cultivado, produciría por sí solo todo lo que el comercio va a buscar en el resto del globo: azúcar, cochinilla, cacao, algodón, café, trigo, cáñamo, lino, seda, aceites y vino. Suministraría todos los metales, sin excluir el mercurio. Sus maderas de construcción y la abundancia de hierro y de cobre favorecerían los progresos de la navegación, bien que el estado de las costas y la falta de puertos en el Golfo oponen obstáculos difíciles de vencer.

En su libro, Humboldt describió las piedras labradas y las construcciones arqueológicas como verdaderos tesoros. No se quedó atrás a la hora de detallar la riqueza natural de la Nueva España, su vegetación, su fauna, las minas

de plata —que, por ser su especialidad, estudió con gran interés—, sus elevados volcanes, su variada geografía, la belleza de las ciudades.

También sintió un gran interés por los habitantes de estas tierras: su carácter y sus costumbres, la manera en que vivían los distintos grupos sociales —españoles, criollos, mestizos, indios, mulatos y hasta chinos y filipinos—, cuya situación describió. Por ejemplo, explicó que los puestos más importantes en el gobierno se los daban únicamente a los españoles, aunque no hubieran estudiado, mientras que a los criollos les negaban esas oportunidades. Los criollos eran los descendientes de los españoles nacidos en México; sus tatarabuelos, sus bisabuelos, sus abuelos y sus papás habían nacido en México, así que eran mexicanos.

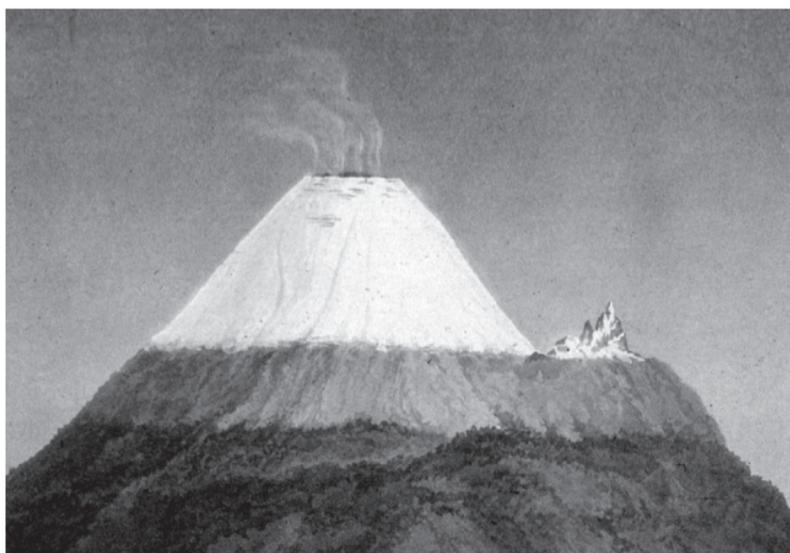
Y ya no se dijera de los mestizos o los indios. Mira lo que dijo Humboldt:

La población de la Nueva España se compone de tres clases de hombres, a saber: de blancos o españoles, de indios y de castas. Yo considero que los españoles componen la décima parte de la masa total.

Casi todas las propiedades y riquezas del reino están en sus manos. Los indios y las castas cultivan la tierra,

sirven a la gente acomodada, y sólo viven del trabajo de sus brazos. De ello resulta entre los indios y los blancos esta oposición de intereses, este odio recíproco, que tan fácilmente nace entre los que poseen todo y los que nada tienen, entre los amos y los esclavos.

El libro de Humboldt fue muy leído en Europa y en América. En una época en que en toda América soplaban vientos de libertad, contribuyó a afianzar el sentimiento de que México, con la enorme riqueza de una cultura propia y antigua, así como de una naturaleza variada y espléndida, debía liberarse de la Corona española para convertirse en una nación independiente.







Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,  
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin  
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,  
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y  
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios  
Históricos de las Revoluciones de México  
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

# Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO  
2010

